

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Beatrix Potter

El sastre de Gloucester



En la época de espadas y pelucas, y abrigos de amplias faldas con solapas bordadas, cuando los caballeros llevaban volantes y chalecos dorados de paduasoy y tafetán, vivía un sastre en Gloucester.

Se sentaba en la ventana de una pequeña tienda en Westgate Street, con las piernas cruzadas sobre una mesa, desde la mañana hasta el anochecer.

Todo el día, mientras duraba la luz, cosía y recortaba, ensamblando su satén y brocado, y tafetán; las telas tenían nombres extraños y eran muy caras en los días del Sastre de Gloucester.



Pero aunque cosía fina seda para sus vecinos, él mismo era muy, muy pobre: un viejecito con gafas, rostro demacrado, dedos viejos y encorvados, y un traje desgastado.



Cortaba sus abrigos sin desperdiciar, de acuerdo con su tela bordada; eran pedazos muy pequeños y recortes que se amontonaban en la mesa, "trozos demasiado estrechos para nada, excepto chalecos para ratones", decía el sastre.



En un día amargo y frío cerca de Navidad, el sastre comenzó a hacer un abrigo: un abrigo de seda acordonada de color cereza, bordado con pensamientos y rosas, y un chaleco de satén de color crema, adornado con gasa y chenilla verde de lana, para el Alcalde de Gloucester. El sastre trabajaba y trabajaba, y hablaba consigo mismo. Medía la seda, la giraba una y otra vez, y la recortaba en forma con sus tijeras; la mesa estaba llena de recortes de color cereza. "No hay suficiente tela, y cortada en diagonal; no hay suficiente tela; ¡mangas para ratones y cintas para pandillas! ¡para ratones!", decía el Sastre de Gloucester. Cuando los copos de nieve cayeron sobre los pequeños cristales emplomados de la ventana y cerraron la luz, el sastre había terminado su jornada de trabajo; toda la seda y el raso yacían cortados sobre la mesa.



Había doce piezas para el abrigo y cuatro piezas para el chaleco; y había solapas de bolsillo y puños, y botones todos en orden. Para el forro del abrigo había un fino tafetán amarillo; y para los ojales del chaleco, una vuelta de color cereza. Y todo estaba listo para coser por la mañana, todo medido y suficiente, excepto que faltaba una sola madeja de seda retorcida de color cereza.

El sastre salió de su tienda al anochecer, pues no dormía allí por las noches; cerró la ventana y la puerta, y se llevó la llave. Por la noche sólo vivían allí ratoncitos pardos, que entraban y salían sin llave.

Detrás de los frisos de madera de todas las casas antiguas de Gloucester, hay pequeñas escaleras para ratones y trampillas secretas; y los ratones corren de casa en casa por esos largos y estrechos pasadizos; pueden correr por toda la ciudad sin salir a la calle.



Pero el sastre salió de su tienda y volvió a casa arrastrando los pies por la nieve. Vivía muy cerca, en College Court, junto a la puerta de College Green; y aunque no era una casa grande, el sastre era tan pobre que sólo alquilaba la cocina.

Vivía solo con su gato; se llamaba Simpkin.



Durante todo el día, mientras el sastre estaba fuera trabajando, Simpkin se quedaba solo en casa; y también quería a los ratones, aunque no les daba satén para los abrigos.

"¿Miaw?" dijo el gato cuando el sastre abrió la puerta. "¿Miaw?"

El sastre respondió: "Simpkin, haremos fortuna, pero estoy desgastado como un hilo deshilachado. Toma esta moneda de cuatro peniques (que es nuestro último dinero) y Simpkin, lleva un pote de porcelana; compra un penique de pan, un penique de leche y un penique de salchichas. Y oh, Simpkin, con el último penique de nuestros cuatro peniques, cómprame un penique de seda color cereza. Pero no pierdas el último penique de los cuatro, Simpkin, o estoy perdido y desgastado como un papel de costura, porque **NO TENGO MÁS HILO.**"

Entonces Simpkin volvió a decir: "¿Miaw?", cogió el groat y la pipkin y salió a la oscuridad.

El sastre estaba muy cansado y empezaba a sentirse mal. Se sentó junto a la chimenea y habló consigo mismo sobre aquel maravilloso abrigo.



"Haré fortuna: seré cortado al bies; el alcalde de Gloucester va a casarse el día de Navidad por la mañana, y ha encargado un abrigo y un chaleco bordado que se forrarán con tafetán amarillo; y el tafetán es suficiente; no sobra en retazos lo que servirá para hacer puntillas para ratones...".

Entonces el sastre se sobresaltó, pues de pronto, interrumpiéndole, desde el aparador del otro lado de la cocina llegaron una serie de ruiditos...

¡Tip tap, tip tap, tip tap tip!

"¿Qué puede ser eso?", dijo el sastre de Gloucester, levantándose de un salto de la silla. La cómoda estaba cubierta de vajilla y pipas, platos con motivos de sauce, tazas de té y jarras.

El sastre cruzó la cocina y se quedó inmóvil junto a la cómoda, escuchando y mirando a través de sus gafas. De nuevo, bajo una taza de té, se oyeron esos graciosos ruiditos...

¡Tip tap, tip tap, Tip tap tip!

"Esto es muy peculiar", dijo el sastre de Gloucester; y levantó la taza de té que estaba boca abajo.



Salió un ratoncito vivo e hizo una reverencia al sastre. Luego saltó de la cómoda y se metió bajo el arrimadero. El sastre se sentó de nuevo junto al fuego, calentando sus pobres manos frías y murmurando para sí...

"El chaleco está cortado con punto de tambour de raso color melocotón y capullos de rosa en hermosa seda de hilo dental. ¿Fui sabio al confiar mis últimos cuatro peniques a Simpkin? ¡120 ocales de torsión color cereza!"



Pero de repente, desde el aparador, vinieron otros pequeños ruidos:

Tip tap, tip tap, tip tap, ¡tip!

"¡Esto es extraordinario!" dijo el Sastre de Gloucester, y volcó otra taza de té que estaba boca abajo.



Salió un pequeño ratón caballero e hizo una reverencia al sastre. Y luego, desde todas partes del aparador, surgió un coro de pequeños golpeteos, todos sonando juntos y respondiéndose mutuamente, como escarabajos de reloj en una antigua contraventana roída por las polillas. Tip tap, tip tap, tip tap, ¡tip! Y de debajo de tazas de té, cuencos y jarras, salieron otros ratoncitos que saltaron fuera del aparador y se escurrieron bajo el zócalo.



El sastre se sentó junto al fuego, lamentándose: "¡120 ocales de seda color cereza! Debían estar terminados para el mediodía del sábado, y hoy es martes por la noche. ¿He hecho bien en soltar esos ratones, sin duda propiedad de Simpkin? Ay, estoy perdido, porque no tengo más vueltas".

Los ratoncitos volvieron a salir y escucharon al sastre; se fijaron en el patrón de aquel maravilloso abrigo.

Susurraron entre sí acerca del forro de tafetán y de las puntillas de los ratoncitos. Y todos a la vez huyeron por el pasadizo detrás del arrimadero, chillando y llamándose unos a otros, mientras corrían de casa en casa; ¡y no quedaba ni un ratón en la cocina del sastre cuando Simpkin volvió con la pipa de leche!



Simpkin abrió la puerta y entró dando saltitos, con un furioso "¡G-r-r-miaw!", como un gato enfadado, pues odiaba la nieve y tenía nieve en las orejas y en el collar de la nuca. Dejó el pan y las salchichas sobre la cómoda y olfateó. "Simpkin", dijo el sastre, "¿dónde está mi giro?" Pero Simpkin dejó la pipa de leche sobre la cómoda y miró con desconfianza las tazas de té. ¡Quería su cena de ratoncito gordo! "Simpkin", dijo el sastre, "¿dónde está mi TWIST?" Pero Simpkin escondió un paquetito en privado en la tetera, y escupió y gruñó al sastre; y si Simpkin hubiera podido hablar, habría preguntado:



"¿Dónde está mi RATÓN?" "¡Ay, estoy deshecho!", dijo el Sastre de Gloucester, y se fue tristemente a la cama. Durante toda aquella noche Simpkin buscó y rebuscó por toda la cocina, espiando en los armarios y bajo el arrimadero, y en la tetera donde había escondido aquel giro; pero aun así, ¡nunca encontró ni un ratón! Cada vez que el sastre murmuraba y hablaba en sueños, Simpkin decía "¡Miaw-ger-r-w-s-ch!" y hacía extraños ruidos horribles, como hacen los gatos por la noche. El pobre sastre estaba muy enfermo de fiebre, dando vueltas en su cama de cuatro postes; y aún en sueños murmuraba: "¡No más torsión! ¡No más torsión!". Todo aquel día estuvo enfermo, y al día siguiente, y al siguiente; ¿y qué sería del abrigo color cereza? En la sastrería de Westgate Street, los bordados de seda y raso estaban recortados sobre la mesa, con veintiún ojales, y ¿quién iba a venir a coserlos, cuando la ventana estaba atrancada y la puerta cerrada con llave?

Pero eso no es obstáculo para los ratoncitos marrones; ¡entran y salen corriendo sin llave por todas las casas viejas de Gloucester!



Fuera, la gente del mercado salía a toda prisa por la nieve para comprar sus ocas y pavos, y para hornear sus pasteles de Navidad; pero no habría cena de Navidad para Simpkin y el pobre y viejo sastre de Gloucester.

El sastre estuvo enfermo durante tres días y tres noches, y luego llegó la Nochebuena, ya muy entrada la noche. La luna trepaba por encima de los tejados y las chimeneas, y se asomaba por encima de la puerta de College Court. No había luces en las ventanas, ni ruido en las casas; toda la ciudad de Gloucester dormía profundamente bajo la nieve.



Y aún así Simpkin quería sus ratones, y maulló mientras permanecía de pie junto a la cama de cuatro postes.

Pero la vieja historia cuenta que todas las bestias pueden hablar, en la noche entre Nochebuena y Navidad por la mañana (aunque hay muy poca gente que pueda oírlos, o que sepa qué es lo que dicen).

Cuando el reloj de la catedral dio las doce, se oyó una respuesta, como un eco de las campanadas, y Simpkin la oyó, salió por la puerta del sastre y se paseó por la nieve.

De todos los tejados, frontones y viejas casas de madera de Gloucester llegaban mil voces alegres cantando las viejas rimas navideñas, todas las canciones antiguas que he oído alguna vez, y algunas que no conozco, como las campanas de Whittington.



Primero y más fuerte gritaron los gallos: "¡Dama, levántate y hornea tus pasteles!" "¡Oh, dilly, dilly, dilly!" suspiró Simpkin. Y ahora en una buhardilla había luces y sonidos de baile, y los gatos venían de más allá. "¡Eh, diddle, diddle, el gato y el violín! Todos los gatos de Gloucester, menos yo", dijo Simpkin. Bajo los aleros de madera, los estorninos y los gorriones cantaban pasteles de Navidad; los grajos se despertaban en la torre de la catedral; y aunque era medianoche, los tordos y los petirrojos cantaban; el aire estaba lleno de pequeños gorjeos.



¡Pero todo era bastante provocador para el pobre y hambriento Simpkin!

Le molestaban especialmente unas vocecillas chillonas que venían de detrás de una celosía de madera. Creo que eran murciélagos, porque siempre tienen voces muy pequeñas, sobre todo cuando hay una helada negra y hablan dormidos, como el Sastre de Gloucester.

Dijeron algo misterioso que sonaba como... "Buz, quoth la mosca azul, hum, quoth la abeja, Buz y hum lloran, y nosotros también".

y Simpkin se marchó agitando las orejas como si tuviera una abeja en el capó.



De la sastrería de Westgate llegaba un resplandor de luz; y cuando Simpkin se acercó sigilosamente para asomarse al escaparate, éste estaba lleno de velas. Se oía el chasquido de las tijeras y el chasquido del hilo, y las vocecitas de los ratoncillos cantaban fuerte y alegremente...

"Cuatro y veinte sastres
Fue a coger un caracol,
El mejor hombre entre
ellos

No toques su cola,
Sacó los cuernos
Como una pequeña vaca
kyloe,

¡Corran, sastres, corran!

¡O ella los tendrá a

todos ahora!" Entonces,

sin pausa, las voces de los ratoncitos volvieron a

sonar-. "Tamiza la avena de mi señora,

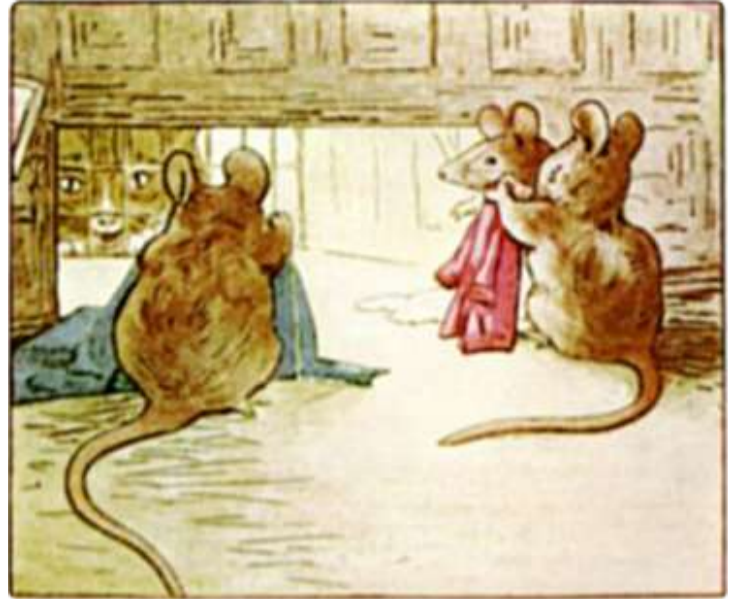
Muele la harina de mi señora,

Ponlo en una castaña,

Déjalo reposar una hora..."



"¡Miau! Miau!",
interrumpió Simpkin, y
arañó la puerta. Pero la
llave estaba debajo de la
almohada del sastre, no
podía entrar.



Los ratoncitos se rieron e intentaron otra
melodía.

"Tres ratoncitos se sentaron a hilar,
Pussy pasó y se asomó.

¿En qué andan, mis pequeños hombres?
Hacer abrigos para caballeros.

¿Entro y te corto los hilos?

¡Oh, no, señorita Pussy, nos arrancarías la
cabeza!"

"¡Miau! Miau!", gritó Simpkin. "Hey diddle
dinketty?" respondió el ratoncito.

"¡Hey diddle dinketty, poppetty pet!

Los mercaderes de Londres visten de escarlata;

Seda en el cuello y oro en el dobladillo,
Así marchan alegremente los mercantes".

Chasqueaban los dedales
para marcar el tiempo, pero
ninguna de las canciones le
gustaba a Simpkin;
olfateaba y maullaba a la
puerta de la tienda.



"Y entonces compré
Un pipkin y un popkin,
Un slipkin y un slopkin,
Todo por un penique...

y sobre la cómoda de la cocina!", añadieron los ratoncillos maleducados. "¡Miau! ¡Rasca! ¡Rasca!", gritó Simpkin en el alféizar de la ventana, mientras los ratoncitos del interior se ponían en pie de un salto y empezaban a gritar todos a la vez con vocecitas gorjeantes: "¡No más vueltas! No más vueltas!" Y cerraron los postigos de la ventana y dejaron fuera a Simpkin. Pero a través de las rendijas de las contraventanas oía el chasquido de los dedales y las voces de los ratoncitos que cantaban...

"¡No más giro! No más giro!"

Simpkin salió de la tienda y se fue a casa, pensativo. Encontró al pobre y viejo sastre sin fiebre, durmiendo plácidamente. Entonces Simpkin se puso de puntillas y sacó un paquetito de seda de la tetera, y lo miró a la luz de la luna; ¡y se sintió muy avergonzado de su maldad en comparación con aquellos ratoncitos tan buenos!

Cuando el sastre se despertó por la mañana, lo primero que vio sobre la colcha de retazos fue una madeja de seda retorcida de color cereza, ¡y junto a su cama estaba el arrepentido Simpkin!



"¡Ay, estoy hecho polvo!", dijo el sastre de Gloucester, "¡pero tengo mi giro!". El sol brillaba sobre la nieve cuando el sastre se levantó y se vistió, y salió a la calle con Simpkin corriendo delante de él. Los estorninos silbaban en las chimeneas, y los zorzales y los petirrojos cantaban, pero cantaban sus propios ruiditos, no las palabras que habían cantado por la noche. "¡Ay!", dijo el sastre, "tengo mi giro; pero no más fuerza -ni tiempo- que la que me servirá para hacerme un solo ojal; ¡pues estamos en Navidad por la mañana! El alcalde de Gloucester se casará al mediodía, y ¿dónde está su abrigo color cereza?".



Abrió la puerta de la pequeña tienda de Westgate Street y Simpkin entró corriendo, como un gato que espera algo.

Pero allí no había nadie. Ni siquiera un ratoncito marrón.

Las tablas estaban limpias; los pequeños hilos y los recortes de seda estaban ordenados y se habían retirado del suelo.



Pero sobre la mesa -¡oh, alegría! el sastre dio un grito-, allí donde había dejado simples recortes de seda, yacían el abrigo y el chaleco de raso bordado más hermosos que jamás haya llevado un alcalde de Gloucester.



El abrigo estaba adornado con rosas y pensamientos, y el chaleco, con amapolas y flores de maíz.

Todo estaba terminado excepto un único ojal de color cereza, y donde faltaba ese ojal había clavado un trozo de papel con estas palabras -en letra pequeña-

NO MÁS GIROS

Y desde entonces comenzó la suerte del Sastre de Gloucester; se hizo muy robusto, y se hizo muy rico.

